

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Publicaciones ITESO

PI - Revista Análisis Plural

1999-07

El catolicismo en la coyuntura de México y América

Vergara-Aceves, Jesús

Vergara-Aceves, J. (1999). "El catolicismo en la coyuntura de México y América". En Análisis Plural, primer semestre de 1999. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1048>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:

<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

V. ANÁLISIS CULTURAL DE LA RELIGIÓN

EL CATOLICISMO EN LA COYUNTURA DE MÉXICO Y AMÉRICA

Jesús Vergara Aceves

1. Introducción

En el análisis cultural de lo religioso, nos circunscribimos a la iglesia católica y al acontecimiento más importante del primer semestre de 1999: la visita del Papa Juan Pablo II a México, para entregar las conclusiones del Sínodo de América, en el documento *Ecclesia in America (Eina)*. Este análisis cultural —no teológico— implica tres aspectos, en este orden: primero, el contexto de la religiosidad en el mundo actual y en la coyuntura mexicana; segundo, el mensaje papal a toda América; tercero, el gran reto a la iglesia mexicana para llevar adelante un plan de acción.

2. Contexto y coyuntura de lo religioso en México

El énfasis en la racionalidad moderna ha traído una escisión entre el pensamiento fuerte, técnico y calculador, y el pensamiento débil, simbólico, pero con mayor apertura a la trascendencia. Más tarde se acrecienta la división, en forma generalizada, entre modernidad y posmodernidad. Y finalmente se llega a una división aun mayor e incluso opuesta: la que hay entre razón y afecto.

El sistema globalizador está causando una transformación notable en las religiones todas. Los cambios se condensan en esta expresión: tolerancia en lo estrictamente sagrado o religioso, a cambio de recíproca tolerancia en lo económico y político. Mutuas y discretas negociaciones que resultan inequitativas, dado el incremento del individualismo que afecta también a las asociaciones religiosas. Los

grupos pasan, paulatinamente, de ser grupos de pertenencia a simple referencia. Disminuye el compromiso con la institución. La religiosidad se hace fuertemente individualista, muy emocional y aparatosa, en busca de señales mágicas que den seguridad. El peligro de deformación religiosa es grave: indiferencia en lo secular, y aislada y aguda religiosidad en otros ámbitos de la vida.

Este nuevo fenómeno acontece en una religiosidad latinoamericana que se ha caracterizado, durante siglos, por ser marcadamente afectiva y ritualista, y menos racional, donde se convive, en sincretismo, una moral vivida y aparte de las enseñanzas religiosas.

Se puede establecer una analogía con lo dicho en el capítulo anterior. Así como la tendencia del mercado es a desconfigurar la idea de universidad, para que los valores culturales no resistan a sus leyes sino que se le sometan dócilmente para formar los técnicos que el sistema necesita, de igual manera mantiene la tendencia a desconfigurar las asociaciones religiosas todas, a fin de que también negocien y se sometan, para impedir que el pueblo se oponga al cambio, apoyado en sus valores religiosos.

Estas tendencias culturales pueden llevar fácilmente a que los católicos tengan menor cohesión como comunidad, vivan prácticamente como no católicos en el ámbito de la vida pública y sean exasperadamente cerrados y exigentes en algunos aspectos estrictamente religiosos. Si las iglesias no preparan técnicos para el sistema, como las universidades, al menos facilitan, de manera acrítica, la puesta en práctica del sistema globalizador.

En México, cabeza de puente entre el Sur y el Norte de esta promisoriosa América, se percibe entre los católicos el temor al presente, a despegarse del pasado, para entrar de lleno a mirar y discernir con compromiso propio la presencia y la acción de la iglesia en estos tiempos, inéditos y desafiantes.

La iglesia católica, hoy en México, presenta grandes carencias. Sigue faltando un centro de investigación que dé a conocer las cifras elementales para las investigaciones. El acopio de datos es escaso, desigual y errático. La Secretaría de Gobernación, que sin duda debe tener una rica base de datos para su uso privado, publica una revista,

Religiones y Sociedad, en cuyo último número presenta un artículo en la sección de Expediente: "Juan Pablo II y México".¹

3. Visita papal

El Papa Juan Pablo II llega a México el 22 de enero, y el día 26 parte hacia ST. Louis, Missouri. A su llegada, da un mensaje en el Aeropuerto Internacional. El día 23 dice una misa para la conclusión de la Asamblea Especial para América del Sínodo de Obispos, en la Villa de Guadalupe. En la homilía habla en las cuatro lenguas principales de América: español, portugués, francés e inglés. El mismo día se encuentra con el Cuerpo Diplomático en la Residencia de Los Pinos. El 24 tiene una Celebración en el Autódromo Hermanos Rodríguez. Dice la misa y reza el *Angelus*. Visita también a los enfermos en el Hospital Lic. Adolfo López Mateos. El día 25 se encuentra con los representantes de Todas las Generaciones del Siglo, en el Estadio Azteca. El 26 se despiden en el Aeropuerto Internacional.

Vale la pena leer el comentario crítico, constructivo, concreto y objetivo que hace el P. Manuel Olimón Nolasco.²

Fueron días de fiesta. La figura blanca del anciano afable y cercano, firme en sus convicciones e insistente en poner de relieve el mensaje centrado del Evangelio, convoca, entusiasma y deja paz. Pero no es un dios milagrero que soluciona, por arte de magia, los problemas de un pueblo que fantásticamente espera que el cambio le venga de fuera, sin que tenga él que esforzarse por cambiar. A la ida del Papa, surgió la pregunta por lo que después vendría. Quedaban dos posibles respuestas: la de actitud positiva, que cree que los mexicanos pueden encontrar una salida, o la negativa, que desahucia, divide, desanima y sumerge en la más cruda realidad, esto es, la vuelta al tiempo cíclico y sin esperanza de una sociedad esclavizada y engañada.

¹ Su referencia es el No. 6 de nuestra bibliografía. Se recomiendan especialmente los trabajos de Luis Ramos y de José Luis González Martínez, así como los escritos de los Nos. 7, 8 y 9 de la misma bibliografía.

² Manuel Olimón Nolasco. "Signos y palabras de la IV visita pastoral de Juan Pablo II". en *La cuestión social*. Año 7, No. 1, México, Imdosoc, marzo-mayo de 1999, pp. 35-48.

Los mexicanos no pueden vivir sin fiesta. La vida es alegría, música, danza, cercanía, sentimiento, plenitud que festeja la misma vida. La fiesta de suyo no es escape a la irrealidad, aunque en la visita hubo muchas cosas que llevaron a la alienación de lo real. Pero tampoco ha que quedarse en la crítica negativa. Los mensajes papales y, sobre todo, la Exhortación del Sínodo de América pueden significar un cambio radical en la iglesia y en México.

El mensaje alienta a los mexicanos a que afronten la cruda realidad y busquen caminos de superación. Las enseñanzas son todavía bastante genéricas. Deben ser puestas concretamente en la práctica por el conjunto de la iglesia y la sociedad.

El núcleo del mensaje es muy sencillo: en los albores del tercer milenio, la humanidad se encuentra en un ambiguo proceso de globalización. Hay una tendencia definida a unir a los hombres en un nuevo modo de vivir. En los mexicanos está hacer una sociedad mejor o deshumanizarse. Como puente entre el Norte y el Sur puede cumplir una función definitiva en la unión de estos dos mundos tan abismalmente separados. Luego vendría la unión de los continentes todos.

4. Ecclesia in America

La Exhortación del Papa aporta el tesoro de la tradición. A los católicos les corresponde hacer la mediación a las prácticas concretas.

El documento papal señala un primer perfil de los pueblos de América: están más o menos afectados por el secularismo. En esta situación real y concreta, se hace necesario un profundo cambio religioso en el seguimiento de Jesús de Nazaret (EinA No. 13), para que en unión y solidaridad puedan asumir la nueva misión, en sus métodos y expresión, que les corresponde en la América actual. Para una mayor inculturación del mensaje es indispensable acercarse a los pueblos a partir de su cultura. Por ello, continúa el Papa, la iglesia siente como un deber ineludible unir aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, impulsar un espíritu solidario ante todos ellos (*ibid.*, 5).

El itinerario de la Exhortación está orientado por cuatro conceptos clave que conviene respetar al máximo: cambio religioso, unión, solidaridad y nuevo anuncio del mensaje.

A estas cuatro claves corresponden estas cuatro partes.

1. cambio religioso al presente;
2. unión en comunidad;
3. nuevo anuncio religioso en esta situación;
4. construir un mundo mejor en toda América.

En cada una de esas partes se tomarán en consideración dos aspectos: primero la iglesia y el mundo en México, y segundo, la iglesia abierta a toda América.

4.1. Cambio religioso al presente

La conversión, cambio profundo en cristiano, implica dejar las tinieblas del mal, del temor a perder el poder mundano y la opresión, y volver a la fuerza del Reino del amor, de la liberación, del no poder, del servir. Ante este temor ya sabemos lo que Dios nos pide, como nos enseña S. Juan: “Pues si nuestro corazón nos acusa de algo, Dios es más grande que nuestro corazón y lo sabe todo... si nuestro corazón no nos acusa tenemos confianza delante de Dios” (IJ 3 20 y 21).

a) Cambio en la iglesia

Al interior de la iglesia se dan siempre bien y mal.

Juan Pablo II recuerda verdades fundamentales sobre este cambio que tiene una dimensión social: personal y socialmente somos conducidos hacia un nuevo estilo de vida; Jesús de Nazareth es el único modelo.

Pero en la iglesia se padece, frecuentemente, un temor generalizado a no perder el poder personal y social que se tuvo en el pasado, como en tiempos de cristiandad, o a no obtenerlo en el presente, en la modernidad, donde todo se negocia y se mercantiliza.

El cambio consiste en dejar el poder de este mundo y ser servidores con la sola fuerza del mensaje evangélico.

La consecuencia del temor a dejar el pasado es un temor al presente, como si fuera todo malo, de suerte que sería necesario emprender una cruzada desde el pasado para cambiar el presente conforme a aquellos parámetros.

Este temor lleva a adoptar dos actitudes diferentes e incompatibles. La primera es la de vivir la religiosidad pasada en el presente como algo inmutable y puramente formal, como una restauración del pasado en un presente que no se modifica. Por otra parte, esa tranquilidad de conciencia lleva a negociar con el presente el poder de este mundo, olvidando que el Evangelio tiene también una cosmovisión cristiana y, si se le amputa, se desconfigura sustancialmente. Aunque la negociación suene atractiva, el efecto es que la religiosidad se somete al poder de este mundo.

La iglesia está llamada a la conversión y al seguimiento fiel y libre de Jesucristo, tanto en la iglesia como en el mundo de hoy. Hay que convertirse, pues, al presente de ambos.

Por tanto, bien y mal penetran tanto en la iglesia, aun la más ejemplar, como en el mundo actual, aun el más secularizado.

b) Cambio en el mundo presente³

El mundo actual tiene cosas muy buenas, no es exclusivamente malo. El Papa reconoce la ambigüedad de bien y mal en toda esta América: hay identidad cristiana, religiosidad popular arraigada, frutos de santidad, educación y acción social, creciente respeto a los derechos humanos. Pero aparecen los claros flagelos de corrupción, como el comercio y consumo de drogas.

El informe del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) frente al año 2000, titulado “El tercer milenio como desafío pastoral” dice:

³ José M. Mardones. *Análisis de la sociedad y fe cristiana*. Madrid, PPC, 1995. Es especialmente importante la parte II. “Estructura de la modernidad y fe cristiana”, caps. 3, 4 y 5.

Estamos viviendo en el umbral de una nueva civilización, donde los conocimientos, la información y las comunicaciones adquieren un valor estratégico para el desarrollo económico de los países, para la globalización de los mercados, para la gestión de los asuntos públicos y privados, para el desempeño, la movilidad y la prosperidad de los individuos. El conocimiento, la información y las comunicaciones se han transformado en el recurso crucial para la producción, la política y las relaciones humanas. Se empieza a vivir en un medio ambiente que es predominantemente creado, artificial, manipulable. La cultura se hace autónoma, la naturaleza se le subordina. Se da un proceso ambivalente marcado por profundas desigualdades en la estructura de distribución de la riqueza y del poder a nivel mundial (2.2).

La globalización ambivalente, ya se ha dicho, ha penetrado en México; a través de las tecnologías avanzadas, se ha apoderado de las universidades y ha avanzado hasta reconfigurar las instituciones todas. Son notables los grandes cambios en cuanto a una democracia representativa más transparente, aunque menos deliberativa, dentro del casi absoluto –a pesar de los cambios– poder presidencial. Ha cambiado la composición del Poder Legislativo, de los empresarios y de las centrales obreras. Las modificaciones más llamativas en la actualidad se dan en torno a los partidos políticos mayoritarios. Surgen en su seno tendencias opuestas: mantener la configuración tradicional o alinearse a los nuevos dictados mundiales. Esto ha afectado también a las asociaciones religiosas. Todas ellas están sufriendo la transformación que requiere el alinearse a la fuerza englobante. El cambio de las instituciones ha traído inseguridad e inestabilidad social en medio de profundas desigualdades. Finalmente ha llegado a transformar la cultura y sus principales valores. Se agudiza el individualismo egoísta.

Por último, por los miedos ya señalados, se puede pervertir el cambio religioso, alineando y reconfigurando las instituciones de la iglesia, como lo hacen todas las otras instituciones que se subordinen al nuevo sistema. Por otra parte, la independiente presencia del carisma cristiano en este mundo inédito y novedoso, requiere la prioridad absoluta del carisma evangélico.

Para sintetizar: es necesario mantener, en el cambio de la iglesia, la incondicional prioridad del Evangelio sobre sus propias instituciones y obras, de suerte que no resulte en una alteración del mismo conforme a los esquemas institucionales del pasado eclesial.

De nuevo, el documento del CELAM se refiere a esta prioridad absoluta del Evangelio:

La mayor parte de los bautizados no se sienten católicos comprometidos, miembros plenos de la Iglesia; pero por otra parte, también persiste aún una mentalidad clericalista que impide una contribución propiamente laical en la tarea de la Evangelización (3.1.1) En algunos fieles desanima la imagen de una iglesia que se siente derrotada por las fuerzas del mundo y más bien expresa en sus declaraciones oficiales una nostalgia por un pasado más claro y más ordenado, cuando se está viviendo en un tiempo de cambios profundos e irreversibles... Algunas voces dentro de la iglesia jerárquica tienden a aparecer frente a la sociedad como temerosas de todo cambio... Se siente la falta de un serio y profundo trabajo de una evangelización de los tiempos actuales desde ellos mismos (3.1.2.) [Se pregunta] ¿Está dispuesta la iglesia a cuestionar sus propias estructuras institucionales en continuidad con sus fundamentos evangélicos? (3.1.4.) [Sigue diciendo] En la acción evangelizadora se suele presentar a la Persona de Jesús como la respuesta frente a los desafíos que plantea la actual sociedad y los anhelos más profundos del hombre y de la mujer de nuestros días. Sin embargo, muchas veces somos testigos que esta respuesta cae en el vacío, mientras que otras veces resulta totalmente irrelevante... Vale la pena preguntarse si en el contexto de nuestra sociedad la persona de Jesús constituye una respuesta o más bien una pregunta [Y luego se inclina por lo segundo] En este sentido el anuncio de la persona de Jesús resulta ser una pregunta más que una respuesta a la sociedad actual, porque invierte su orden valórico. ¿No es ésta la razón por la cual el Evangelio comienza con un desafío a convertirse?... Lo mejor sería decir que la iglesia evangeliza cuando por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y su ambiente concretos (*ibid.*)

En suma: el cambio al Evangelio, dejando todo lo demás, tiene que hacerse tanto al Evangelio explícito y revelado, presente en la

iglesia y en la vida consagrada como al Evangelio implícito que anónimamente se manifiesta en el mundo.

4.2. Unión en comunidad

El cambio religioso lleva a vivir en plenitud el amor de Dios y del prójimo. El amor ha de vivirse con todo el corazón y con toda el alma. El cristiano está llamado a compartir con su comunidad religiosa y con la gran comunidad del mundo.⁴

a) Compartir en la iglesia

En la vida de iglesia, el lugar por excelencia del amor es la comunidad transformada en comunión. La iglesia es fundamentalmente unión de vida, conforma un cuerpo.

La autoridad del cuerpo es para crear cada vez más el compromiso de unión, empezando con los más débiles. En el capítulo IV de la Exhortación, el Papa propone una escala de instancias que no sólo es descendente en dignidad, sino también en compromiso de unión. El primero, que sea el último. Menciona la Eucaristía, los obispos, las iglesias particulares, los presbíteros, la parroquia, los diáconos, la vida consagrada, los fieles laicos, la dignidad de la mujer, la familia, los jóvenes, los niños, las otras iglesias, la comunidad judía y las otras religiones.

El Papa Juan Pablo II ha ratificado varias veces que la opción preferencial por los pobres no es "opcional". Es un privilegio y compromiso que nos heredó el Señor. Dondequiera que haya pobres y débiles, deben ellos ocupar el centro de la mesa de la familia cristiana.

Por ello, llamó la atención una inserción pagada en *El Universal* (23 de enero) proponiendo de manera simplista la alternativa a la opción por los pobres, inadecuadamente identificada con la Teología

⁴ José M. Mardones. *El discurso religioso de la modernidad. Habermas y la religión*. Anthropos-UIA, 1998, se recomienda especialmente el cap. VIII, "La iglesia como comunidad comunicativa".

de la Liberación y la opción preferencial por los ricos, adecuada con la desconocida Teología de la Prosperidad.

La opción por los pobres pertenece al Evangelio y a la tradición cristiana, desde muchos siglos antes de la Teología de la Liberación. Es verdad que hay un pluralismo en la iglesia, incluso teológico, pero hay un centro de comunión de fe, esperanza y amor que vincula más allá de las diferencias. A ese núcleo pertenece la opción preferencial por los pobres, el compromiso con los no poderosos, desde el no poder. La Teología de la Liberación aportó lo mejor de sí a la iglesia, como lo ha ratificado el Papa al aceptar esa opción, junto con la aportación de estructuras de pecado. Está en la misma Exhortación comentada. Ahí asienta el Papa muy claramente que la opción por los pobres es preferencial, no exclusiva ni opcional. No hay que descuidar los ambientes dirigentes de la sociedad (67).

Ni esta teología ni la teología indígena pueden intercambiarse por la opción preferencial por los ricos, como en forma simplista lo señalan algunos.

El cristianismo individualista es una deformación sustancial del Evangelio.

La unión de los cristianos comparte el Reino en todo y con todos. Compartir implica presencia, comunicación, libre aceptación del otro en su mismidad, compromiso auténtico, diálogo, discernimiento y entrega a la iglesia y al mundo, en el seguimiento personal y comunitario de Jesús. Se le oponen la imposición y endoctrinación, el falso diálogo y la negociación, la institución vacía de comunión y el individualismo egoísta. Subyacen otros temores: a la aceptación del otro, desconfianza, a la comunicación espiritual más de fondo, a decir las cosas abiertamente, incluso cuando se tienen evidencias fundadas y discernidas maduramente, al diálogo abierto y al maduro disenso, a compartir en igualdad y solidaridad con los más necesitados, tanto los bienes sobrenaturales profundos del corazón como los bienes materiales.

El temor al diálogo de fondo lleva a falsos sustitutos: el diálogo mundano de negociación de poder y el diálogo puramente doctrinal sin compromiso sólido que lo respalde.

Estos diálogos inauténticos al interior de la iglesia debilitan la unión. Porque la negociación del poder se antepone a la unión, y el diálogo puramente doctrinal, sin sustento de compromiso, es sólo palabras, por ortodoxas que sean, que se lleva el viento. No basta repetir la doctrina tradicional si no hay un compromiso fehaciente de comunión.

Hay temor entre los católicos a compartir la vida más profunda, y sin ello no es posible ningún discernimiento. Hay que rechazar la prepotencia de un abuso de poder por parte del clero sobre los laicos, de los varones sobre las mujeres, de la uniformidad eclesial sobre las culturas de los indígenas y afroamericanos, entre las iglesias del Norte y del Sur de América, entre los diálogos privados y privilegiados (“de picaporte”) de la iglesia con el poder, y los diálogos públicos.

b) Compartir la vida en comunidad con el mundo

La unión también es fundamental para este mundo actual. Es más, por las actuales características de la globalización y el neoliberalismo, es una cuestión urgente de supervivencia.

No basta la presencia en el mundo y su aceptación, hay que conocerlo y aclararlo para poder construir el mundo nuevo, y lanzar otra vez el mensaje cristiano.

Aparecen tendencias que describen el mundo de la globalización.

La cultura global de masas se manifiesta, cada vez más, a través de los medios de comunicación; se sustenta sobre los avances tecnológicos de las sociedades occidentales desarrolladas, especialmente de los Estados Unidos. Por eso tiene un idioma universal que es el inglés. Hegemoniza a otras culturas sin disolverlas porque opera a través de ellas, no destruye las culturas locales porque las usa como medio.

Los países de América Latina y el Caribe entran al escenario del libre comercio internacional con una estructura no competitiva. Se ha debilitado su producción, el volumen y la calidad del empleo y de los términos de intercambio. El libre mercado no es necesariamente la política óptima.

En política, el paso de una democracia representativa a una participativa constituye un anhelo cada vez más profundo en nuestros países. Los asuntos públicos se conciben como preocupaciones que atañen no sólo a los gobiernos, sino también a la ciudadanía. En otras palabras, las responsabilidades sociales son entendidas como responsabilidades públicas.

La presencia de elevados niveles de pobreza e injusticia social en América Latina y el Caribe hace del tema de la equidad una de las preocupaciones centrales para el siglo XXI. El capitalismo mostró su capacidad de instalar, como referencia a las sociedades, un cuerpo doctrinal no definido, una serie de creencias no fundadas, un conjunto de tópicos y de intereses revestidos de lenguaje pseudocientífico al que pretende convertir en pensamiento hegemónico bajo el nombre de neoliberalismo. Los futuros procesos políticos previsibles en el continente incluyen el imperio de la verdad y su consiguiente lucha contra la corrupción, la interacción regional como etapa en el camino hacia la globalización.

Resulta difícil tener una visión de conjunto de la religiosidad.⁵ En la crisis se buscan nuevos referentes religiosos para sobrellevar la cotidianidad marcada por muchas incertidumbres. En el cambio social se acude a las religiones, contra la predicción de la secularización fuerte. La religiosidad ya no se erradicará, sino que se controlará a través de la negociación. Ya no es perseguida; más bien es fomentada. Ayuda a sustentar la propia identidad. Por lo tanto, es previsible el peligro de una religiosidad “un tanto fanática, nacionalista y muy conservadora”. Se funda menos en lo dogmático y doctrinal y más en lo afectivo y ritualista, lo cual la hace muy vulnerable al sincretismo, al desvincular la moral de la fe. Se fomenta el individualismo, el desconocimiento de las exigencias sociales del cristianismo. Se profundiza la tensión entre una insistencia en lo social que no responde a la sed por lo religioso y un énfasis en lo más íntimamente religioso que traiciona un aspecto esencial de la fe. El individualismo mercantilista ha asestado un duro golpe a las

⁵ José M. Mardones. *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual*. Santander, Sal Terrae, 1999; es especialmente importante el cap. 6 “¿Qué clase de racionalidad accede a la religión?”.

religiones, de manera que éstas parecen todavía no darse cuenta. La tendencia individualista transforma las instituciones: de grupos de compromiso a grupos solamente de referencia que ya no pueden pedir ningún compromiso de fondo a los individuos. Así, mientras en México parece arreciar la lucha entre católicos y evangélicos, con acusaciones mutuas, ninguno de los dos se da cuenta de que tienen un adversario común, el individualismo, que termina imponiendo el sistema de la globalización sobre ellos y reduciéndolos a pequeños grupos, por los masivos abandonos, sin mayor cohesión ni compromiso. La Exhortación habla de las sectas en el No. 73.

Concluamos: el cambio al mundo nuevo llama a compartir lo más profundo de las vidas, con la iglesia y con el mundo.

4.3. Re-anunciar el Evangelio

El discernimiento cristiano nace de la comunión inculturada y traza los basamentos para la construcción del Reino.

a) La iglesia lleva el anuncio al mundo

Dice el Papa, repitiendo a Paulo VI, que la evangelización constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la iglesia, su identidad más profunda (66). El encuentro con Cristo lleva a evangelizar también en los centros educativos. Se necesita un espacio de libertad en el campo de la enseñanza, lo cual no debe entenderse como un privilegio, sino como un derecho, palabras que son incomprensibles en el contexto liberal mexicano. Los padres de familia tienen el derecho fundamental y primario de decidir sobre la educación de sus hijos. La función del Estado en este campo es subsidiaria. No es, pues, lo mismo educación pública que educación estatal. El Estado tiene la obligación de garantizar a todos la educación y de respetar y defender la libertad de enseñanza. Es fundamental denunciar el monopolio del Estado como una forma de totalitarismo (71). Hay que llevar el anuncio a los medios de comunicación social; añade que es necesario inculturar el mensaje de modo que se haga en el lenguaje y la cultura de aquellos que lo oyen.

El drama de nuestro tiempo es la ruptura entre Evangelio y cultura. La cultura moderna ha sufrido, primero, un proceso constante de secularización fuerte en el sentido de erradicar la religión de la sociedad, y ahora, en sentido débil, de aislarla, debilitarla y controlarla.

b) La iglesia es también evangelizada desde el mundo

Por otra parte, la iglesia no entendió, por falta de unión con el mundo, el sentido positivo, no sólo de ir a él y darle el anuncio, sino de comprenderlo, escucharlo y aceptarle muchos de sus mensajes. Simplemente se sintió atacada, le temió y lo condenó sin más. Se limitó a encerrarse en el pasado y combatirlo.

Ahora hay un momento de encuentro con la secularización, de mayor discernimiento. En este sentido ayudará comprender que, en el mundo moderno, está dejando de tener vigencia una noción normativa de cultura, obligatoria para todos los pueblos. Cada vez está más extendida la noción moderna y empírica de la cultura como el significado y los valores de un modo determinado de vida. Hay pluralidad de culturas y ninguna debe imponerse sobre las otras. En este contexto moderno se entiende mejor la inculturación. Comprende tres pasos. El primero, se supone que el evangelizador, en una nueva cultura, ha sido cuestionado en el encuentro cultural, particularmente sobre aquellas cosas que él, en su cultura, creía que pertenecían al Evangelio, cuando en realidad no eran más que excrescencias culturales adheridas al Evangelio. En México y en América Latina todavía tenemos muchos ejemplos de los restos de las excrescencias peninsulares que se impusieron en la primera evangelización, durante la Colonia. En el contexto moderno es más fácil sacudirse, al menos, las más notables. Ejemplos elocuentes de inculturación los tenemos en México en la tradición guadalupana: Fray Juan de Zumárraga y Juandiego procuraron despojarse de los prejuicios que impedían el encuentro de las culturas, y ambos anunciaban un mismo Evangelio.

El segundo paso de la inculturación consiste en dejar caer el anuncio del Evangelio, lo más purificado posible, sobre el *humus*

cultural del aquí y ahora, para que ahí sea asimilado. Prototipo, en este caso, es Fray Bartolomé de las Casas.

El tercer paso de la inculturación se da cuando el mensaje soterizado en la nueva cultura germina, crece y da frutos. Prototipo de este momento es, sin duda, Don Vasco de Quiroga, que dejó frutos que aún perduran.

Esta perspectiva abre nuevas formas de anunciar el Evangelio a los indígenas y afroamericanos en América.

La inculturación para la unión es, pues, condición indispensable para la construcción de un mundo nuevo. No es la iglesia la única que traza sus planes de acción, ni siquiera su pastoral interna. Ambas instancias están llamadas a escuchar al Señor Jesús, también presente en lo más denso e incluso tenebroso del mundo. Así como el Jesús de la iglesia evangeliza al mundo, así también el Señor de la historia evangeliza a la iglesia desde el mundo. Ni la iglesia ni el mundo valoran por separado. Hay que construir una historia; hay que hacer una iglesia en el mundo sin perder nunca la comunión.

La evangelización así entendida no rompe la legítima comunión con el mundo ni deja privilegios sacros o ventajas de poder negociable. La iglesia es evangelizadora y evangelizada por un mismo Señor resucitado y presente tanto en ella misma como en el mundo. Igualmente, el mundo es evangelizador anónimo y es evangelizado por la iglesia. Habrá, así, auténtico compromiso con la sociedad latinoamericana y con la sociedad estadounidense, a pesar de los abismos de injusticia que nos separan y claman al cielo. Jesús es vida para todos, está contra la cultura de la muerte y de la sociedad dominada por los poderosos. Juan Pablo II llama a reconsiderar la deuda externa de los países del Sur y la exigencia del respeto a los derechos humanos.

4.4. Construir un mundo nuevo y fraterno

La solidaridad es la base que señala el Papa Juan Pablo II para la construcción de un mundo mejor. En su encíclica, *Sollicitudo rei socialis*, la define como la virtud por la cual todos y cada uno de los miembros de una sociedad se hacen responsables de todos y cada

uno de los demás. En *Ecclesia in America* se trata, pues, de una solidaridad de todas las iglesias de Norte y Sur, de toda la vida consagrada en el Norte y en el Sur y de todo el mundo de contrastes entre el Norte y el Sur.

Sólo sobre los fundamentos de los últimos valores culturales en la iglesia y en las diversas culturas del mundo, se puede construir sólidamente el Reino. En ambas partes, la piedra angular sobre la que se construye todo es Jesús el Señor. La iglesia aporta sus propias piedras, encontradas en común con el mundo. Las piedras de su fe, esperanza y amor, de su respeto profundo a la dignidad de cada hombre, hijo de Dios, las piedras de los carismas de tiempos y lugares determinados. Gran amor, audaz confianza y fe inquebrantable se necesitan para adaptar las instituciones de la iglesia al mundo presente, en la línea de la inculturación ya descrita. Esto implica dar término a la búsqueda para comenzar la planeación del Reino.

- a) La iglesia ayuda a construir en el mundo una convivencia más humana con los valores del Evangelio

La Exhortación apostólica propone caminos concretos de solidaridad. Esa doctrina general para toda América requiere ser mediada teológicamente a la vida concreta de la iglesia mexicana.

Ecclesia in America sostiene que la solidaridad es fruto de la comunión y propone estos posibles caminos: la doctrina de la iglesia y su doctrina social, la globalización de la solidaridad, la denuncia de los abusos sociales que claman al cielo, el fundamento último de los derechos humanos, el amor preferencial por los pobres y marginados, la condonación de la deuda externa, la lucha contra la corrupción, el problema de las drogas, la carrera de armamentos, la denuncia de la cultura de la muerte y de la sociedad dominada por los poderosos, la identidad cultural de los pueblos indígenas y de origen africano, y la problemática de los inmigrados (52-65).

Los grandes temas de derechos humanos, incluyendo el de libertad de conciencia religiosa y de enseñanza, son reconocidos por la Carta Universal de los Derechos Humanos. No se necesita acudir a ninguna teología para defenderlos. En este sentido, son perfecta-

mente válidos y defendibles, por sí mismos, en el México actual, cada vez más adentrado en el laicismo.

Es oportuno recordar algunos derechos fundamentales, decisivos en la coyuntura actual mexicana, tal como los expone la Exhortación *Ecclesia in America*:

- La *globalización*, que tiene aspectos positivos, se rige, sin embargo, “por las meras leyes del mercado, aplicadas según la conveniencia de los poderosos... La globalización cultural [es] producida por la fuerza de los medios de información social [que] imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarios y en el fondo materialistas, frente a los cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio, se pierden los valores de las culturas locales a favor de una mal entendida homogeneización” (20, cfr. 70).
- “Impera un sistema conocido como *neoliberalismo*; sistema que haciendo referencia a una concepción economicista del hombre, considera las ganancias y las leyes del mercado como parámetros absolutos en detrimento de la dignidad y del respeto de las personas y los pueblos” (56).
- “La *deuda pública* es frecuentemente fruto de la corrupción y de la mala administración... Deben señalarse no sólo los elevados intereses, fruto de políticas financieras especulativas, sino también la irresponsabilidad... de algunos gobernantes. Sumas ingentes, obtenidas mediante préstamos internacionales, se han destinado a veces al enriquecimiento de personas concretas, en vez de ser dedicadas a sostener los cambios necesarios para el desarrollo del país. Por otra parte, sería injusto que las consecuencias de estas decisiones irresponsables pesaran sobre quienes no las tomaron (22)”. “Pensar en la notable reducción, si no en una total condonación de la deuda internacional que grava sobre el destino de muchas naciones... Junto con la deuda debe ser considerada la corrupción, problema grave que debe ser examinado atentamente” (59 y 60). Sobre la iglesia mexicana grava también una enorme responsabilidad en estos dos puntos.
- “La iglesia en América debe encarnar en sus iniciativas pastorales la solidaridad de la iglesia universal *hacia los pobres y margina-*

dos de todo género. Su actitud debe incluir la asistencia, promoción, liberación y aceptación fraterna. La iglesia pretende que no haya, en lo absoluto, marginados” (58).

- Un tópico de discrepancia fuerte con el tradicional laicismo mexicano es el de la educación pública. “Se necesita un *espacio de libertad en el campo de la enseñanza*, lo cual no debe entenderse como un privilegio sino como un derecho”. Se refiere a la libertad de enseñanza religiosa. “Además los padres tienen el derecho fundamental y primario de decidir sobre la educación de sus hijos y, por ese motivo, los padres católicos han de tener la posibilidad de elegir una educación de acuerdo con sus convicciones religiosas. La función del Estado en este campo es subsidiaria. El Estado tiene la obligación de garantizar a todos la educación y la obligación de respetar y defender la libertad de enseñanza. Así mismo debe denunciarse el monopolio del Estado como una forma de totalitarismo que vulnera los derechos fundamentales que debe defender, especialmente el derecho de los padres de familia a la educación religiosa de sus hijos” (71).

Estas propuestas también requieren, una vez más, ser adaptadas teológicamente a la situación mexicana, en un proyecto pastoral que responda a los retos del presente.

En épocas de cambio son necesarias las constantes planeaciones. En cambios de época, como parece este tiempo, las planeaciones, los proyectos de acción, las categorías y los códigos de conducta resultan insuficientes. Caen los paradigmas y es necesario descender, más profundamente, hasta los valores de la cultura, para discernirlos e impulsarlos desde el propio cambio y la unión con el mundo siempre necesarios. No bastan los cambios menores de paradigmas; son necesarios los cambios mayores, a los que por su increíble novedad sólo se puede llegar por discernimientos concretos. Hay que opinar desde la interpelación del corazón, más que desde la lógica de la racionalidad, lo que significa el rechazo escéptico de la razón técnico-calculadora, que la espontánea posmodernidad hace de la modernidad ya decadente. Hay que escudriñar en los temores de la contramodernidad el valor siempre vivo de la tradición de la comunidad cristiana o secularizada, para darle confianza en el Señor, presente

en los signos de estos tiempos. Igualmente hay que discernir desde la interpelación del corazón, la débil capitulación de los cristianos a las exigencias del abuso de poder mundano. Hay que proponer de tal manera el anuncio que ya en sí mismo lleve el descubrimiento de los antivalores y la denuncia firme pero sometida a la ley del amor.

Los valores culturales son la levadura de la sociedad: la robustecen y configuran para que ella misma transforme o cree instituciones que le sirvan y ayuden, y no a las que se someta por opresión. Finalmente, las instituciones al servicio de una sociedad libre y soberana acaban por construir los últimos elementos concretos de un Reino que acepta pluralismo en su unidad.

La sociedad mexicana se halla oprimida por instituciones sin número, por las antiguas y por las recientes, del neoliberalismo global. Y lo que es más grave aún, ha sido víctima de otra opresión mayor, la de los antivalores a los que tuvo que acudir para tratar de librarse inútilmente de la opresión política.

Los mexicanos no hemos podido liberarnos de una opresión cultural que nos impide experimentar lo que significa la ley como instrumento al servicio de la vivencia del bien común. Hemos vivido la ley como instrumento de opresión y extorsión; hemos tenido que acudir a la corrupción para que se nos aplique menos severamente la ley, al servicio de la Corona en la Colonia, y del capitalismo sin freno en el tiempo presente; hemos de reconocer públicamente que la iglesia poco ha logrado para compartir los valores evangélicos de comunión y extenderlos al bien común, protegido por una ley justa en su formulación y en su aplicación. La iglesia ha de confesar los pecados de omisión que han favorecido más bien la edificación del Antirreino, con sus silencios, discreciones, complicidades.

El antivalor de la corrupción de la ley trae consigo otro antivalor, un juego de falsedad y verdad, de mentira y de veracidad, de corrupción egoísta y compromiso solidario, lo cual lleva necesariamente a abusar de los demás, a olvidar la dignidad personal y los derechos que hacen que todo hombre sea respetado en el misterio de su existencia. Ningún mundo mejor puede construirse si no tiene estos fundamentos y valores.

c) El mundo, con sus auténticos valores, ayuda a construir una iglesia mejor

Para que la iglesia pueda ayudar a construir un mejor continente en América, es necesario que se deje también reconstruir por Cristo que, conforme a la fe católica, habla desde los contrastes del mismo continente.

En primer lugar, el entusiasmo y la eficacia con que la globalidad se mueve en América nos pone en situación de vivir con gran esperanza. Soñar en grande, planear a lo grande, trabajar en grande como iglesia libre y soberana. Sin añoranza del pasado, sin trabas institucionales desadaptadas, sin ingenuidad ante el mundo y sin rechazo ignorante, sin complejos de opresión femenina, laical, con conciencia de ser tomados en cuenta y respetados, es como podemos dejar que el Reino llegue a plenitud.

El encuentro discernido con el mundo tiene que evangelizar y llevar a construir la misma iglesia.

Este cambio cultural que vivimos ya se ha iniciado. No se puede volver a cometer el mismo error que hizo la iglesia en los albores del Siglo de las Luces. Con madurez y entusiasmo hay que aceptar su lugar en este mundo fantástico. Para construir hay que cooperar en solidaridad; para ello es necesario inculturarse y discernir, vivir a pleno pulmón la unión de la gran comunidad humana, y finalmente cambiar como iglesia.

Está llamada a aceptar estos avances, es interpelada por los cristos del presente a acendrar su compromiso de fe y justicia evangélicas. Está llamada a limpiarse a sí misma de todo vestigio de autoritarismo si quiere realmente construir un mundo democrático. El anonimato extendido de este mundo provoca la reacción de construir una iglesia que personalice en el seno de su comunión, dé libertad plena, alegría y amor comprometido y responsable. La homogeneización que la cultura dominante ejerce sobre las otras culturas impulsa una sed de igualdad cultural, de intercambio y mutuo crecimiento por las diversas regiones. La iglesia se ha de construir en la igualdad y el diálogo, en la confianza de ser escuchada y participar.

En el seno de su comunión ha de permitir el amplio pluralismo que brota de nuestro tiempo y prepara los nuevos paradigmas de civilización.

México es un país de opresiones institucionales múltiples. También la iglesia está oprimida. Es más, ha hecho de los primeros frutos de la inculturación, instituciones que finalmente se anteponen a los nuevos carismas y los oprimen. El amor en comunión continuará discerniendo las nuevas inculturaciones y liberará de las instituciones propias para abrirse a nuevos espacios.

5. Desafíos a la iglesia mexicana

A lo largo de la presentación del documento papal hemos apuntado las principales incidencias importantes y urgentes en el contexto mexicano.

El documento abre a una perspectiva muy amplia que considera al tercer milenio. Puede darse una civilización mundial insospechada, donde todos los hombres vivan con dignidad, en comunicación y actividad profundas. Puede ser también una época de esclavitud y tormento sin igual. La participación de los cristianos será decisiva, en especial en este continente de grandes contrastes entre una sociedad inmensamente rica y socialmente decadente, en el Norte, y una sociedad pobre y dominada y, sin embargo, con ricos valores humanos y cristianos, en el Sur, que puede aportar al cristo del continente y al mundo.

El documento sólo sugiere una dirección por dónde pueden elaborarse y llevarse a cabo muy variados proyectos. Es el inicio. Contiene sólidas enseñanzas religiosas y sólidos valores humanos. Pero es sólo una propuesta de palabra. Muchas de las sugerencias vienen de la rica tradición cristiana y occidental, pero necesitan insertarse en las características de este mundo del entorno mexicano. Por ello, el trabajo de planeación y realización va a ser mucho más difícil y arduo que la idea ya propuesta, porque la inserción cultural y, sobre todo el florecimiento de la nueva cultura, se enfrentan a retos gigantescos que vienen de un pasado lejano y cercano y de un presente avasallador.

El proyecto tiene que nacer tanto del seno de la iglesia católica como de la sociedad mexicana.

Los obispos mexicanos preparan otro documento que dé inicio al plan de acción. El tema es: la realidad del México contemporáneo y las exigencias que éste propone a la iglesia. El documento, al igual que en la vida social y política, puede ser que no encuentre acogida ni respuesta en la comunidad. La tendencia a mandarlo al archivo tiene muchas probabilidades, si las comunidades no participan activamente tanto en la elaboración como en la realización. Hay que contar con que ni los mexicanos ni los católicos están dispuestos y preparados a tomar esa iniciativa.

Si la iglesia necesita hacerse el presente, lo mismo les acontece a los ejecutivos de los poderes públicos. Para que cese el anticlericalismo, debe cesar el fuerte influjo de los clérigos tanto en la iglesia como en sus relaciones con el poder.


La iglesia ha de auscultar tanto a católicos como no católicos sobre lo que opinan en torno a la compleja realidad del país, sobre los aspectos relevantes de los problemas contemporáneos y el papel de la iglesia en medio de esta problemática.

El análisis presentado ya muestra implícitamente los mayores desafíos e insinúa por dónde debe ir la acción de las comunidades católicas.

La crisis de las universidades ya adelanta la enseñanza. En lo privado, prevalece la tendencia a hacer un cambio conforme a las tendencias económicas mundiales. La iglesia corre el riesgo no sólo de desfigurarse su ser y quehacer, sino de llegar incluso a ser correa de transmisión de esa fuerza que atropella derechos y dignidad humanos, al escaso precio de mantener un culto y religiosidad inauténticos que solapan la verdadera realidad, de opresión. En la vida pública, prevalecen tendencias arcaicas con virulenta reacción a los abusos neoliberales. Los católicos pueden refugiarse fácilmente en el pasado irreal y reaccionar de manera pasiva a todo esfuerzo por ponerse al día, aduciendo el temor a la heterodoxia.

La única alternativa que queda es la inserción, la inculturación en el corazón de los valores de los mexicanos, para desde ahí promover el bien común, tanto frente al abuso autoritario del poder como a la

pasividad de los individuos; compromiso con la sociedad frente a negociaciones de poder con el poder público o privado.

Recíprocamente, la autenticidad de la comunidad católica necesita que el futuro presidente tenga un perfil que respete los derechos humanos todos y los anteponga a las negociaciones políticas, al autoritarismo, a la corrupción e impunidad. Un presidente más humano que no se deje llevar por los vuelos del re juego político. Requiere un presidente que rompa con la falsa identidad de lo público con lo gubernamental. La soberanía radica en la sociedad pública. El poder público recibe de ella el mandato. En consecuencia, el presidente tendrá que aceptar que todos los grupos, incluso los religiosos, pueden intervenir y trabajar por el bien público, sin que por ello se les tache de “meterse en política”. 

Bibliografía

1. Juan Pablo II. *Ecclesia in America*, Ciudad del Vaticano, Ed. Vaticana, 1999.
2. “El tercer milenio como desafío pastoral”, Informe CELAM frente al 2000, Internet, 1998.
3. Mardones, José Ma. *Análisis de la sociedad y fe cristiana*, Madrid, PPC, 1995.
4. ———. *El discurso religioso de la modernidad. Habermas y la religión*. México, Anthropos-UIA, 1998.
5. ———. *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual*, Santander, Sal Terrae, 1999.
6. *Religiones y Sociedad*, “Juan Pablo II y México”, México, Secretaría de Gobernación, enero/abril, 1999.
7. Sota García, Eduardo y Enrique Luengo González. *Entre la conciencia y la obediencia: la opinión del clero sobre la política en México*, Cuadernos de Cultura y Religión No. 4, UIA, 1994.
8. Libanio, J. B., Benjamín Bravo y José Comblin. *La iglesia en la ciudad*. México, Ed. Dabar, 1999.
9. Varios. *La urbe reta a la ciudad*, México, Ed. Dabar, 1999.